

Correspondencia del exilio. Luis Cardoza y Aragón, Juan José Arévalo (1950-1967)

Julio Pinto Soria, Arturo Taracena Arriola, Arely Mendoza

Correspondence in Exile. Luis Cardoza y Aragón, Juan José Arévalo (1950-1967)

Correspondência do exílio. Luis Cardoza e Aragón, Juan José Arévalo (1950-1967)

Guatemala, USAC, 2011, 288 páginas
ISBN: 978-9929556096

RESEÑA

Roberto García Ferreira

Universidad de la República-
Sistema Nacional de Investigadores,
Montevideo, Uruguay

rgarcia@fhuce.edu.uy

DOI

10.3232/RHI.2013.
V6.N1.09

Decir que el año 1954 marca un punto de inflexión radical en la historia contemporánea de Guatemala no constituye algo novedoso. Como sabemos gracias a numerosas fuentes –entre ellas, las más valiosas son las que se han desclasificado desde hace más de una década en Estados Unidos- una importante operación encubierta diseñada por la estadounidense Agencia Central de Inteligencia (CIA) fue decisiva para deponer al entonces presidente guatemalteco Jacobo Arbenz. El golpe contra él y sus importantes derivaciones internacionales trascendieron ampliamente América Latina. Cada vez más vamos descubriendo que lo sucedido constituye un episodio clave de la Guerra Fría global. La gestación y trama del golpe; lo relativo a las motivaciones norteamericanas que impulsaban a la “acción” para desprenderse de un “gobierno comunista”; los participantes y promotores locales; los esfuerzos propagandísticos y también el sombrío papel de los gobiernos regionales que se plegaron al aislamiento internacional que formaba parte de los planes de la CIA, son temas cada vez más debatidos entre los historiadores. Pese a ello, existe –en cuanto al plano de las consecuencias de la intervención- una importante cuenta pendiente: aportar en torno a las desventuradas trayectorias individuales y colectivas del vasto contingente de exiliados guatemaltecos obligados a abandonar rápidamente su país para escapar así a la venganza de sus vencedores. Luego de la renuncia de Arbenz y tan pronto como pudieron, ellos se dispersaron no sólo entre los países limítrofes sino también en América de Sur, llegando a Chile, Argentina, Ecuador, Brasil, Paraguay y Uruguay. Algunos pocos, con el correr de los años, regresaron y consiguieron reinsertarse en la vida social guatemalteca. Otro número más importante, retornó con la pretensión de luchar “desde dentro” y así recuperar el poder perdido en el 54: en su mayoría fueron brutalmente asesinados. ¿Pero qué sabemos del devenir de ese otro conjunto de guatemaltecos desterrados? ¿Cómo observaban desde fuera el triste acontecer de su país? ¿Qué hacían para intentar cambiar el rumbo? ¿De qué maneras sobrellevaban las prácticas estatales cada vez más restrictivas para con la democracia en los diferentes países que fríamente los habían acogido? ¿En qué forma esos dolorosos destierros contribuyeron a fomentar las frustraciones personales y colectivas a las que el propio Arévalo aludió en una de sus cartas y que recogemos como título en este comentario?

La historiografía latinoamericana en general y guatemalteca en particular tienen aquí un trascendente campo de trabajo prácticamente inexplorado. Precisamente por ello es ampliamente bienvenido el libro que prolijamente han editado Julio Pinto Soria, Arturo Taracena Arriola y Arely Mendoza, continuación de otros dos epistolarios ya publicados por los mismos editores con correspondencia privada de importantes figuras del acontecer guatemalteco. Este tercer volumen que aquí reseñamos, *Correspondencia del exilio*, tiene dos protagonistas fundamentales: Luis Cardoza y Aragón y Juan José Arévalo. En el exilio y casi siempre mediando distancias geográficas, ambos mantuvieron un intenso intercambio escrito cuyos pormenores fundamentales recién comenzamos a conocer. Las cartas transcritas pertenecían originalmente a los “bienes documentales” del propio Cardoza y para la confección de esta antología los editores trabajaron con una copia fotostática conservada en la Biblioteca César Brañas de la Ciudad de Guatemala.

Siguiendo un orden cronológico, en el estudio se presentan 54 cartas inéditas. Su mayor parte, 44 para ser más exactos, son misivas intercambiadas entre Cardoza y Arévalo. Corresponden al lapso que va entre los años 1954 y 1967. Otras 7 se refieren al período de la Revolución guatemalteca y abarcan los años 1950 a 1954. Además, la publicación viene a cumplir con el “deseo” del propio Cardoza, expresado en su momento a uno de los autores (p. 14). Para finalizar esta breve introducción previa al análisis propiamente dicho de las “fuentes históricas”, el lector también debe saber que el libro se acompaña con un estudio previo, a cargo de Julio Pinto, quien contextualiza ampliamente los principales “trasfondos de la correspondencia” (pp. 17-41).

Pero el trabajo no sólo es importante en cuanto a la temática o por el ya mencionado vacío historiográfico: su contenido es especialmente significativo porque las desconocidas fuentes primarias que lo componen permiten acercarse a sus autores de una manera novedosa, más llana, humana y sin la rigidez que en aquel entonces imponía la Guerra Fría. En las mismas, y aunque se tomaban todas las previsiones necesarias para evitar “lectores extraños”, no se observan discursos políticos o textos concebidos para su posterior edición. Mucho menos constituyen trabajos derivados de sus importantes esfuerzos intelectuales. Por el contrario, en ellas sobresalen dos características: espontaneidad y sinceridad. De todas formas, y como será natural suponer para el lector, todo lo inherente a la política, sus rencillas y vaivenes ideológicos está presente. Paralelamente, la correspondencia también contribuye a confirmar el espíritu inquieto de sus autores, permitiendo reconstruir trayectorias y exhibir la evolución intelectual, personal e ideológica de cada uno.

La correspondencia y sus momentos

Dos momentos resultan visibles en las cartas que componen esta correspondencia. El propio Pinto Soria detalla (p. 18) su existencia: un primero, que va de 1954 a 1960, es el más extenso —en cuanto a intercambios escritos se refiere— y optimista; el segundo, desde la Revolución Cubana y hasta 1967. Allí es nítida la brecha que la revolución caribeña abre entre ambos: las definiciones que el proceso requiere los distancia políticamente y ambos interrumpen durante seis años aquella rica comunicación de exiliados.

Más allá de los instantes, varios son los temas que aparecen tratados por los protagonistas del intercambio. Señalado ello, en este comentario me remitiré especialmente a tres por considerar que abren nuevas posibilidades para la investigación futura.

Más allá de la intervención norteamericana: “El cuadro sombrío de junio”

Como se ha señalado, el tema cuya presencia más se destaca es la derrota del 54. Y a este respecto las cartas también resultan novedosas pues permiten acercarnos a un viejo hecho desde un ángulo diferente: el de los errores propios. Por supuesto que no faltaba la censura a la política del Departamento de Estado; o a la actitud hostil y cómplice de los gobiernos regionales que se prestaron al juego del “comunismo internacional”. Tampoco quedaban fuera de sus diatribas el “corrupto” grupo de “mercenarios” que se hicieron con el poder luego del 27 de junio de 1954. Sin embargo, en privado, sus miradas apuntaban más allá, discutiendo sin cesar los factores internos que también coadyuvaron a precipitar el final de la “primavera democrática” guatemalteca. Las interpretaciones no fueron lineales advirtiéndose en los protagonistas una evolución, derivada de la mayor cantidad de información y de las discusiones hacia la interna de los exiliados. De esta forma, en un primer momento, la solidaridad primó y tanto Cardoza como Arévalo se mostraron comprensivos para con aquel “trágico” final. Los sucesos y su rapidez parecen haber absorbido a Arévalo y Cardoza quienes recién abordan la cuestión el 12 de septiembre en lo que es la octava carta de la antología. Indignado, Arévalo había decidido esperar antes de contestar una previa de Cardoza –que no conocemos– fechada en México el 31 de julio. Al momento de responder, buena parte de los más importantes funcionarios del gobierno derrocado estaban llegando a México. Entre ellos el propio Arbenz, vejado junto a su familia antes de partir en el aeropuerto. Las fotografías del ex presidente en ropa íntima recorrieron el mundo y las palabras de Arévalo parecen reflejarlo. Le confía entonces a Cardoza –que está en tierras mexicanas– una “misión personalísima”: que se entrevistase con Jacobo para “presentarle mi saludo más cordial, mi adhesión a su persona y el deseo de que él y María superen en algunos días las vejaciones que se cometieron con ellos, olvidándolas y admitiéndolas como accidentes de guerra”. Tan importante como ello, escribía Arévalo que deseaba preguntarle a Arbenz cuáles eran sus “opiniones sobre lo que debemos hacer para sacar a Guatemala de la ignominia política en que la han hundido los mercenarios”. “Toma nota escrita y envíame un memorándum que tomaré como base de mi acción personal futura” le decía entonces a Cardoza. En ello, finalizaba, era una “cuestión importantísima” poder “saber si él se radicará definitivamente en México” (p. 64).

Hasta el momento quedaba claro donde estaba el énfasis y factor determinante de la derrota: en la intervención de los “mercenarios”. En pocas semanas todo se agrietó: nuevas informaciones fueron llegando a manos de los protagonistas de las cartas; la comunicación entre Arbenz y Arévalo quedó rápidamente trunca y tanto éste como Cardoza adoptarían una posición cada vez más crítica de lo que denominaron como “el cuadro sombrío de junio” (p. 72) y la “desventurada renuncia” (p. 73). Respecto a esto, dos de las cartas se presentan claves. Una primera es autoría de Arévalo y está fechada en Santiago de Chile el día 6 de diciembre de 1954 (pp. 69-75). La segunda es la respuesta de Cardoza, desde México, el día 12 de diciembre del mismo año (pp. 77-84).

Aunque su parcialidad es evidente pues ambos no estaban en Guatemala y por ende no vivieron desde dentro la operación encubierta de la CIA—Cardoza se había autoexiliado en México en 1952 y Arévalo fungía como “Embajador sin sede” sirviendo a su país desde América del Sur—ellas dan cuenta de la temprana fractura del exilio revolucionario guatemalteco, empezando por quienes eran sus principales líderes.

En la primera de las citadas, Arévalo se lamentaba no haber tenido “respuesta” de Arbenz. Peor aún, este parece haberle manifestado a Charnaud MacDonald que “NO HABÍA RECIBIDO NADA MÍO” y que “me había enviado un telegrama, QUE TAMPOCO RECIBÍ”. Además, siempre según Arévalo, no había querido atender al profesor Sáenz, quien le llevaba un “telegrama de saludo del 13 de septiembre”. “Doy por terminado este episodio” y “sólo me quedará el derecho a cavilar sobre los móviles de esa ruptura” (p. 69). Las causas principales estaban, proseguía Arévalo, en el orden interno: era “inevitable que los inocentes se indignen contra los culpables... allí como aquí la conciencia de la culpabilidad del equipo superior...predomina ya en lo principal de la emigración...porque hubo mucho campo para salir triunfantes, aún perdiendo muchas vidas, que de todas maneras se han perdido después del 27 de junio” (p. 70). Viejas cuentas pendientes y animosidades entre ambos parecen asomar desde la pluma de Arévalo, por momentos revanchista: “Yo creo que mientras Jacobo esté en México, sería imprudente mi presencia allí, porque serviría para dividir en vez de unir...Pero si Jacobo sale, yo debo ir siquiera sea en un primer viaje, para hablar de lo que no se puede hablar en las cartas, trazarnos un plan político, marcar a los culpables” (p. 71).

Menos de una semana más tarde, en México Cardoza respondía con prontitud la misiva llegada desde Chile. Definía sus encuentros con Arbenz en México como “refrigeradas entrevistas”: el ex mandatario “siempre” se hallaba “caído”. Pero ese no era el problema sino la crítica que Cardoza hacía “del desastre” de junio, algo en lo cual “no admito consejos de nadie”: “La actuación de J[acobo] A[rbenz] no admite, ni lejanamente, la menor duda, ni un análisis somero, sobre su incapacidad y la de la mayor parte de su gente más próxima” (p. 78).

La “lealtad hacia lo nuestro”: de denuncias, indignaciones y contramarchas

Mientras a la interna el exilio guatemalteco discutía lo sucedido y sus figuras se dividían sin aparente posibilidad de reconciliación, los contenidos del libro también dejan ver con nitidez la simpatía y solidaridad que la causa de Guatemala despertaba en América Latina. Se trataba de manifestaciones sinceras, muchas veces espontáneas pero elocuentes. Son varios los hechos contenidos en las cartas que apuntan en esa dirección: la Escuela República de Guatemala en Santiago de Chile cuyo director no reconoce a Castillo Armas negando que el centro educativo se pliegue a la conmemoración del 15 de septiembre de 1954 (p. 66) —en Uruguay hubo pronunciamientos similares—; la excelente recepción que entre los públicos locales iban teniendo libros, folletos y notas periodísticas publicadas por varios exiliados guatemaltecos dispersos en América Latina; y las palabras de Arévalo para con Montevideo, ciudad que él definía como “las más guatemaltecófila de toda América, sin discusión” (p. 130); son sólo tres de ellas.

El anticomunismo en América Latina: un rasgo común y extendido

Empero, la eficacia práctica de los mismos era otra cosa muy diferente pues aquellos pronunciamientos individuales o colectivos no implicaban a los “Estados”, cuyas decisiones habitualmente contradecían el sentir de la intelectualidad; de los estudiantes universitarios; de los sectores afines a las agrupaciones partidarias de izquierda y también de algunos de sus diplomáticos acreditados en Guatemala. En torno a esto llegamos al tercero de los puntos que deseo destacar ya que el libro deja ver cuán extendido estaba el anticomunismo en América Latina. Es que, más allá de los discursos públicos y declaraciones de política internacional, el anticomunismo era un rasgo común de las elites políticas latinoamericanas y sus acciones estatales durante la Guerra Fría, inspiradas en esa lógica, fueron claramente restrictivas de las actividades de izquierda –reales o temidas-, independiente de la natural influencia e intereses norteamericanos. En ese sentido, significativos fueron los impedimentos, silencios y cercenamientos al derecho de asilo impuestos por países como México (véase, por ejemplo la carta número 37 de la antología), Brasil y Argentina. A ello deben agregarse temas como el espionaje reiterado de las cartas por medio de “lectores extraños”; los cordiales recibimientos a diplomáticos y emisarios guatemaltecos representantes del liberacionismo; y, para citar otro ejemplo, la presencia de agentes de inteligencia que en territorio mexicano “actúan abiertamente” (p. 104). Con esos elementos sobre la mesa, y a medida que transcurría el tiempo, aquella “lealtad hacia lo nuestro” fue decreciendo en intensidad. Tristeza mediante, Arévalo y Cardoza observan con desconsuelo la forma en que algunos de los sinceros amigos de Guatemala declinan hacer gestiones para el ingreso del primero a México, por ejemplo. Los elementos señalados explican un resultado que parece natural: imposibilidad de recuperar el poder; añoranza por lo pasado y pesimismo para el futuro. Arévalo lo estampó con meridiana claridad ya avanzados los 60: la emigración guatemalteca quedaba cubierta de “negros crespones” (p. 240). De todas formas, aquel oscuro color del cielo no fue un exclusivo resultado de la hostilidad anticomunista que tercamente imponían con mezquindad los países asilantes: también había incidido –y en qué magnitud- la Revolución Cubana, que abrió una brecha casi insalvable entre aquellas dos sobresalientes figuras, llegando a ver resentida incluso hasta su propia antigua amistad. Luego de varios años de distanciamiento –y de ausencia de cartas- el libro se cierra en 1967 con nuevos intercambios. Guatemala y América Latina transitaban hacia una fase aún más radical en su lucha contra las “actividades comunistas”: el “fantasma” del “gorilismo” –como escribía Cardoza en junio de 1966 (p. 244)- recorría la región y comenzaba a ensangrentarla.

Como ya hemos advertido, la temática y el corte cronológico al que se refieren las cartas constituyen un aporte documental novedoso, bienvenido e ineludible para una mejor comprensión de la historia guatemalteca más reciente. Observado desde una óptica más general que abarque el quehacer historiográfico centroamericano en su conjunto, los contenidos del libro sugieren la posibilidad de otros abordajes –recuérdese que, en todo caso, las misivas representan una de las múltiples lecturas posibles- y nos imponen la necesidad de buscar nuevos repositorios y fuentes con las cuales contrastar, matizar y enriquecer algunos de los espinosos temas que componen esta *Correspondencia del exilio*.